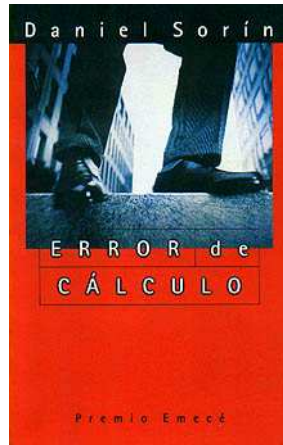


Daniel Sorín

## *Error de cálculo* - Capítulo 1



### **1**

*Voy a cometer un delito. Algo grande, verdaderamente grande va a pasar conmigo. Este es un momento decisivo, de esos que dejan huellas profundas y consecuencias indelebles. Siento el cosquilleo extraño en el diafragma, las yemas de los dedos humedecidas y el nervioso vacío en el estómago que preanuncia las grandes ocasiones. Tengo la más completa conciencia de mi cuerpo, de habitarlo y usarlo. Veo mi espíritu. Lo veo en toda su fuerza y en sus límites. He adquirido responsabilidad sobre mi vida y sobre mis actos de una manera absoluta y nueva. Me declaro, entonces, perfectamente imputable ante la justicia y ante mis conciudadanos.*

(De una carta de Ramón Carpintero a Daniel Rodríguez Mujica fechada en Nueva Viena el 24 de diciembre del 2009.)

Ocurrió a tiempo. Justo antes de que el polvo enterrase sus sueños y la inmovilidad inutilizara los sutiles músculos del espíritu. Fue una breve información en los diarios. Intrascendente, pasó desapercibida para la mayoría, a él, sin embargo, le llamó profundamente la atención: la agencia de noticias oficial informaba sobre la muerte del profesor Paseck. Tres horas después otro despacho homenajeaba la memoria del asesor y precisaba datos acerca del trágico accidente. Fue entonces, al enterarse de las características accidentales del fallecimiento, cuando recordó. Quince días antes, una tarde lluviosa y aburrida, el cadete había dejado distraídamente sobre su escritorio el cable que informaba que el profesor había entregado al Presidente el informe sobre los lejanos y oscuros acontecimientos de 1976.

Los hechos del 76 siempre tuvieron en él una profunda atracción. Las tres décadas pasadas no habían enfriado sus recuerdos, todo lo contrario, sedimentaron la idea de esclarecerlos. Ese había sido su interés durante algún tiempo. Incluso cuatro años atrás había comenzado a ordenar datos, a leer estudios, a cotejar opiniones, pero las urgencias cotidianas más su complacencia dejaron el proyecto para un indefinido mañana. Trató de obtener una copia del informe. Durante días trajinó de oficina en oficina, pero una fuga inexplicable en el sistema de reserva de datos lo había tragado. Una pérdida sin rastro alguno. Nada verdaderamente especial para buscarlo, sólo un par de razones personales: una vieja pregunta y un ser estimado. Él había conocido durante sus primeros y juveniles años de periodista al profesor Paseck. Era un investigador, un sociólogo de la Universidad que durante algún tiempo trabajó en el Departamento de Criminología de la policía. Hombre de una fina inteligencia y una gran capacidad de trabajo.

Pasaron varios meses, ya casi olvidaba el incidente, cuando una mañana de julio recibió en la redacción un extraño sobre. Era una síntesis del trabajo de Paseck que repartía la Oficina de Información. Apenas dos escuetas carillas con el título "Conclusiones del Informe Paseck" reducían un estudio que sus informantes habían evaluado mucho más voluminoso, acaso de centenares de folios. "Aquí no hay nada extraño" fueron las palabras con que el jefe de redacción lo despachó esa mañana. "Aquí no hay nada extraño" se repitió él mientras caminaba por los pasillos poblados de gente corriendo tras información. Pero, ¿no había nada extraño?

Se reconocía como una personalidad con tendencias paranoicas. Además, años como cronista de hechos policiales le habían despertado el gusto por desentrañar misterios. Estaba dispuesto a reconocer su afición por la literatura negra, por las magníficas obras de Gulotz, su encanto por las películas de Le Parc y aun por el lejano y fascinante suspenso de Hitchcock. Admitía su vocación por ver partículas oscuras, pequeñas y tenebrosas, en aguas cristalinas. Pero esta vez estaba convencido: sería justamente esa irracional desconfianza y terquedad, o su escepticismo, o como quisieran llamarlo que lo conduciría a la verdad.

El profesor Paseck había trabajado durante casi un año y medio en ese proyecto. Él sabía que había tenido centenares de entrevistas con testigos directos y cronistas de los hechos, llegando a recoger una cantidad innumerable de datos y pruebas que procesó con su habitual meticulosidad. Era bien conocido que había viajado varias veces al extranjero y formado un grupo de más una docena de colaboradores que manejaban todos los recursos de la informática moderna. ¿Era posible que tanto despliegue tecnológico, tal cantidad de

trabajo y de inteligencia, arrojaran como resultado final apenas esas dos carillas?

Otra cosa le llamaba aún más la atención. En la síntesis que tenía en su poder se arribaba a una singular conclusión: en 1976 “manos inescrupulosas”, amparadas en una “profusa y bien dirigida publicidad”, gestaron un “proceso atípico” que arrojó las “consecuencias por todos conocidas”. Dicho de otra manera, una casualidad histórica, un hecho único e irrepetible. Una pieza de museo sólo apta para el estudio histórico y sociológico, sin ningún tipo de aplicación práctica. Algo que no se relacionaba con la realidad actual. Esas carillas llevaban el único e inequívoco mensaje: “Ciudadanos, duermen tranquilos, todo está en orden”. Sin embargo —tenía la corazonada— si había alguien que jamás habría llegado a esa conclusión era el profesor Paseck.

Redobló entonces sus esfuerzos por hacerse de aquel informe y al poco tiempo supo que la Oficina de Información nunca lo había tenido. Nadie, en la extendida burocracia estatal, lo vio jamás, ni banco de memoria alguno almacenó sus datos y resultados finales. Llegado a este punto pidió una audiencia con el director de la oficina, la que fue cortésmente negada, habida cuenta de las innumerables ocupaciones del director.

Así este periodista sospechó, más precisamente intuyó, que detrás de estos hechos —que a su jefe no le parecieron extraños— se escondía la noticia. Hay momentos, instantes preciosos en la vida de un hombre, irreproducibles y extraordinarios que se transforman en un punto de inflexión. A partir de allí todo ha de cambiar. Un periodista suele pasar años esperando el momento exacto, el golpe de suerte. Contar entre las ma-

nos con algo grande, una información importante. Una historia que sacuda a millones de personas, capaz de trepar los encabezados hasta llegar al mito supremo de la primera página, ese lugar frecuentado por el éxito. Ramón Carpintero, cronista de hechos policiales, no era más que un oscuro y taciturno cincuentón entrado en años y grasas. Había conservado, infantilmente, las ilusiones adolescentes y tardado mucho tiempo en encontrar los verdaderos límites de su trabajo. Con sueños archivados durante años en los cajones de la frustración, y cuando la lacerante espera de la jubilación empezaba a rondar por su cabeza, se produce aquello de una manera imprevista y mágica.

Ramón Carpintero reconoció, inmediatamente, el diamante. Se dispuso a trabajarlo puliéndolo cuidadosa, amorosamente, cada uno de sus días por venir.

Un empleado de la Oficina de Información de la Presidencia —casi un amigo, si se desliza un par de billetes en el momento indicado— le dijo con voz baja y actitud cómplice que el informe se había originado en el Servicio de Investigaciones Sociales. El pomposo nombre apenas ocultaba un departamento que integraba la Inteligencia del Estado.

—Que yo sepa —agregó muy seguro de ello— nunca salió de allí.

¡Justo lo que necesitaba saber! A la mañana siguiente visitó a un antiguo compañero de estudios que trabajaba en el Ministerio del Interior.

—Juan, ¿cómo es posible que en la Oficina de Infor-

mación no hayan podido darme el informe? Tienen todo de cuanta dependencia se pida, pero del informe nada, absolutamente nada, sólo esa síntesis.

—¡Vericuetos de la burocracia, Ramón!

El chirrido de la puerta vaivén los previno. La secretaria, una joven de pechos abundantes y nalgas bien puestas, entró con dos cafés, unas cuantas carpetas que dejó sobre el escritorio, su perfume de mujer y un par de novedades que Juan escuchó sin mirarla.

—Burocracia o no, me parece poco serio que la gente conozca una síntesis de dos carillas. ¡Dos carillas!

—¿Vos creés acaso que te hubieran dado el trabajo completo?

—¿Por qué no?

—...

—Yo lo daría a conocer.

—¡Demasiado iluso para ser periodista! Además el pobre Paseck ni siquiera tuvo tiempo de corregirlo.

A Ramón Carpintero solía pasarle que una fracción de segundo antes de que su cerebro entendiera, un escalofrío le recorría el cuerpo. Era un llamado de atención para su mente. Un despertador para el órgano del conocimiento, el mensaje del cuerpo al espíritu: ¡atención!, ¡algo está por ocurrir!

—¡Cómo! ¿Esa síntesis no fue escrita por él?

—No tuvo tiempo, murió antes.

Hubo una pausa, un momento de tensión.

—Y decime, Juan, ¿quién la hizo entonces?

—Pedro Artiz.

—¿Y ese tipo sabe algo de sociología?

—Supongo. Aquí es difícil estar seguro de quién sabe qué cosa. Se especializó en Inglaterra, becado. Regresó justo a tiempo para escribir la síntesis.

—¿En qué universidad estuvo?

—En ninguna, fue para un curso de la Fundación para el Desarrollo Informático.

—¿Qué me estás diciendo?

—No entiendo.

—¿Quieres decir que la síntesis la hizo un burócrata especializado en técnicas informáticas. Esos tipos que se sientan a un escritorio, ocho horas por día frente a un monitor, para sumar y restar cosas que nunca entienden?

—Más o menos; sabés que es un uso corriente.

—Pero, ¿vos leíste el informe original?

—¡No, claro que no! Son muy pocos los que tuvieron acceso a él, pero no debe haber mucha diferencia con la síntesis.

—Lo que no entiendo es por qué Paseck eligió, entre todos sus colaboradores, a alguien sin formación histórica ni sociológica.

Aquello no lo conformaba. Hasta hubiera estado de acuerdo en que fuese un escritor o un periodista, alguien que manejara el lenguaje con la misma devoción por los significados que el desaparecido.

—¿Quién te dijo que lo eligió? Ni siquiera lo tuvo como ayudante —dijo Juan sin querer.

Hubo un larguísimo silencio, sus miradas se cruzaron dilatando los segundos. Juan supo que había sido imprudente.

—¿Quieres decir que la síntesis la hizo alguien que

no tuvo participación en la investigación?

Juan asintió casi con miedo.

—Eso significa que entre el informe y la síntesis puede haber serias diferencias, inexactitudes...

—Pero ¿por qué? Aquello fue algo que pasó y nada más, un episodio lamentable y curioso. ¿A quién puede importarle ya?

Se miraron fijo por un instante. Ramón apuró su café y observando el reloj, desde el fondo de su estómago, sacó la respuesta:

—A mí.

Estaba enojado. Se levantó para despedirse y volver a la redacción. Ya dejaba la oficina cuando a sus espaldas escuchó la voz de Juan.

—Ramón, cuando se publicó la síntesis de Artiz, el informe fue declarado secreto.

—¿Cómo?

—¡Que es secreto de Estado, así no más! No lo busques porque nadie te lo va a dar. Mejor que no se enteren de que lo estás buscando.

—¿Quiénes?

Juan se encogió de hombros.

—¡Cuidado!, no te metas en un problema.

Ese cincuentón aburrido, de vida apacible y ordinaria, hastiado de su misma rutina, de sus propios límites, de su cobardía inconfesa, oculta tras una fachada ligeramente seductora, había decidido, inconsciente-



mente aún, recorrer un camino de peligro nuevo y tentador. Sus próximos pasos entonces se encaminaron hacia allí. Dado que ninguna oficina pública le iba a dar el informe, y no teniendo capacidad económica para hacer un soborno lo suficientemente importante que compensase el peligro de una prolongada prisión, no tuvo mejor idea que visitar a la viuda del profesor y buscar en su casa —previa rememoración de una vieja y acaso olvidada amistad —una copia perdida del trabajo.

Doña Clo, piadosa transformación de Clotilde, lo atendió con su sencillez habitual. No fue su rostro, todavía terso, ni su figura delgada o sus firmes manos, lo que le hizo evidente a Ramón Carpintero las noches de insomnio de esa mujer. Noches de búsqueda de un compañero perdido definitivamente. Doña Clo y el profesor habían sido muy unidos y, aunque no tuvieron hijos, compartieron cosas importantes y sutiles. Llevó lentamente la conversación hacia el tema del informe.

—Sí, él trabajó mucho tiempo en eso, aquella investigación lo hizo revivir. Cuando el Presidente le encargó el informe, poniéndole todos los recursos a su disposición, creyó que tocaba el cielo con las manos. Sintió que haría lo más importante de su vida. Nosotros nunca hablábamos mucho de su trabajo, pero en alguna oportunidad me comentó que había hechos grandes descubrimientos.

—¿Cómo cuáles, Clo?

—Me dijo que las causas de aquellos hechos fueron tergiversadas, que hubo una especie de censura alrededor del tema. Encontró pruebas que comprometían a personajes importantes de fines del siglo pasado. Hombres de la política, eclesiásticos, militares, intelectuales, mucha gente.

—Clo, yo, ¿cómo decir?... no quiero mentirle, vine en busca de alguna copia.

—Pero Ramón, aquí no hay nada. Mi marido tenía una copia o dos, pero cuando vinieron los del Servicio se las llevaron.

—¿Requisaron la casa?

—Buscaron por todos lados, me hicieron muchas preguntas tratando de saber qué acceso había tenido al informe.

—Así que no queda nada.

Una sensación amarga bajó lentamente por el esófago de Carpintero. Tuvo impulsos de quemarla con un buen trago, un alcohol áspero que ardiese y calentara, como era su costumbre.

—Yo no dije eso —respondió Clo ante su muda sorpresa. —Vea, Ramón, la historia es así. Él temía que algún accidente provocado, me entiende, pudiera borrar el banco de memoria de la investigación.

—¡Él...!

—Recuerde que me había dicho que tenía pruebas comprometedoras para mucha gente importante. Con el paso del tiempo se fue poniendo nervioso, reservado. Cuando ya casi había terminado la investigación tuvo una sospecha, una duda, una premonición.

Clo hizo una pausa, luego siguió más bajo, como confesando un secreto.

—Así que, antes que destruyeran los expedientes, los sacó con la excusa de hacer un último estudio.

—¿Eso no despertó sospechas?

—En absoluto. Sabe usted la fama de meticoloso que tenía. Era el científico loco del Servicio. Además se

lo respetaba demasiado como para que alguien se opusiese. Incluso convenció a uno de sus ayudantes que estuvo comprometido con esa idea.

—¿Y los encontraron acá?

—No, él ya los había sacado. Un día antes de entregar el informe llevó todo a casa de un amigo nuestro. Probablemente aún lo tenga.

—Eso quiere decir que usted les ocultó...

—No preguntaron, ¿qué importancia pueden tener hoy en día los expedientes originales, a los que por otro lado creían destruidos?

Ramón rió a carcajadas, Clo también, probablemente por primera vez en muchos meses. Seguía siendo una hermosa mujer.

—Una pregunta más, Clo. ¿Me puede decir el nombre de aquel ayudante que estaba comprometido con el plan de su marido?

—¿No lo descubrió ya, Ramón?

Entonces entendió. Fue Quijano, el mismo que acompañaba a Paseck el día del accidente.

—Sí, claro, disculpe. Era evidente.

Pocos días después fue a ver a quien, posiblemente, tenía los expedientes de Paseck. La persona lo recibió alborozado, hablar con un amigo de su amigo, ordenar y desordenar historias, recordar sus andanzas con el profesor en la época de estudiantes. La charla parecía estirarse con repetición de intimidades adolescentes cuando Ramón, a boca de jarro, sacó el tema de la investigación y le extendió la breve esquila de

Clotilde. El rostro del hombre se ensombreció.

Querido Arches:

El que lleva esta nota es un amigo de confianza. Quiero que le entregues todo el material de la investigación de Mario.

*Un beso, te recuerdo. Clo.*

El hombre no pronunció palabra, pero Carpintero advirtió un ligero temblor en sus manos. Con una seña le indicó que lo siguiera. Pasaron por un largo corredor hasta desembocar en un patio, lo cruzaron y mientras el viejo abría una puerta de vidrios olvidados, dijo con solemnidad:

—Aquí está.

En una pequeña habitación se encontraban apilados, del piso al techo, una increíble cantidad de biblioratos. Estaba allí, desordenada pero tangible, casi toda la información. No la redacción final —a la que Carpintero nunca tendría acceso— pero sí la investigación que la había precedido.

El hombre le dijo bajo y al oído:

—Tenga cuidado amigo, esto quema.

Ramón Carpintero sintió que un trueno explotaba dentro de él.

En el informe policial sobre el accidente consta que el vehículo no detuvo la marcha al llegar al paso a nivel

del ferrocarril, siendo embestido por éste. Una colisión fortísima que arrojó al profesor y a su acompañante fuera del automóvil, producida a las tres y cuarto de la madrugada. No se mencionan testimonios de testigos, peritajes del rodado ni autopsias de los muertos; considerando, sin mayores diligencias, que el deceso de Paseck se produjo por desprendimiento de masa encefálica y que la colisión fue absolutamente accidental. En el informe no consta que el profesor estuviese alcoholizado, sin embargo, un vocero de la policía dejó trascender esta información, la que fue inmediatamente recogida por la prensa. Carpintero sabía, más allá de toda duda, que Paseck era abstemio. Probablemente nunca en su vida hubiera probado una gota de alcohol. Tardó poco en averiguar que, si bien Quijano bebía en cantidades consideradas normales, no era posible que fuera quien guiaba el vehículo, pues una leve afección nerviosa le impidió siempre aprender a manejar. No tenía pruebas concluyentes para oponerse a la tesis de una muerte accidental, pero le parecía evidente que el modo en que actuó la policía no era normal. La carencia de peritajes en el automóvil, cuyos desechos ya eran inencontrables, le obsesionaba; la increíble ausencia de autopsia y la rara versión sobre consumo de alcohol, teniendo en cuenta la prolijidad con que la policía opera en el caso de personalidades públicas, le llamaba la atención. También lo inquietaba la inusual rapidez del trámite —no tardó más de veinticuatro horas—, la ausencia de la prueba S.E.C.1 en el pavimento y que el juez interviniente no hubiera reclamado una investigación más exhaustiva para encontrar algún testigo.

Ramón Carpintero obtuvo datos veraces que le permitían afirmar que diez minutos antes del accidente una cuadrilla de operarios de la empresa de gas cortó el

tránsito por la calle Bruselas y dispersó a los contados y trasnochados transeúntes por una supuesta fuga de combustible. El rastreo lo llevó a comprobar que en la empresa prestataria del servicio no constaba pedido de reparación alguno, o que se hubiese mandado personal a la zona ese día. Buscó, y la fortuna quiso que hallara a dos vecinos del lugar que dijeron haber oído, más o menos a la hora del presunto accidente, a dos cuadras del paso a nivel, cinco o seis detonaciones que bien podrían haber sido disparos de revólver.

Entonces elaboró su teoría. El automóvil conducido por el profesor fue interceptado en algún lugar cercano a las vías del ferrocarril, Paseck y su ayudante fueron muertos por disparos de armas de fuego y, posteriormente, el automóvil, con ellos ya sin vida o gravemente heridos, fue conducido al paso a nivel donde se simuló el accidente. Por aquellos días Carpintero le confió a su amigo Mujica que, si bien no tenía pruebas concluyentes, sabía que una exhumación de los restos confirmaría su hipótesis. Ésta le parecía por lo menos, tan verosímil como la versión policial.

Para no correr riesgos rentó un pequeño departamento en el barrio de San Telmo. Mudó las miles de hojas que componían la investigación, las ordenó con la paciencia que nunca dispuso en su vida, encontró parte de los borradores de las conclusiones de Paseck, la correspondencia mantenida con autoridades científicas del extranjero y su esclarecedora y preocupante entrevista con el doctor Friederich Schultz. En definitiva, un sinnúmero de elementos originales y preciosos —que hacía cuatro años tuvo la idea de recoger— ahora estaban allí, ante su vista, armonizados por un historiador, so-

ciólogo y criminalista de nota, acaso el más prestigioso del país, y fundamentalmente, por un hombre valiente. En esos días vivió lo que se siente al heredar una gran fortuna. Esa rara combinación de felicidad y vergüenza.

Él era un escritor, Paseck un científico. Rehizo el informe de la manera que podía hacerlo.

Tiempo después, ya lejos, Carpintero le escribiría a Mujica:

“Se puede decir —y estoy seguro que así será— que he novelado la historia, sumándole aromas y colores. Sí, lo he hecho. Pero esto no le resta verdad al relato, no soy un historiador, apenas un cuentista que se ha ganado la vida como periodista.

He perseguido las noticias policiales; pero he estado atento a la trama invisible que ocultaban los hechos; porque lo que pasa, lo que realmente sucede, está en las mentes y en las almas de los protagonistas. Me interesa el devenir de ese mundo interno y oculto. Hay una trama invisible donde la casualidad no existe, para conocerla sólo contamos con sus consecuencias: actos, hechos, en fin, datos debidamente documentados. Yo quise verificar su exactitud y lo he hecho. Sin embargo, al momento de mostrar lo esencial ocurre la paradoja. Si lo esencial es el mundo interno, el verdadero hallazgo es encontrar su materia prima: las imágenes. Y a la hora de plasmarlas con letras sobre el papel en blanco, resulta que todos los datos comprobados son inútiles. Nada parece acercarnos. Entonces, ¿cómo no recurrir a esos aromas y colores si son ellos los que pueden mostrarnos el alma de los hombres? La trama invisible y real.”

“He novelado la historia. Lo he hecho por propia incapacidad, pero también porque toda historia para ser

cierta, completamente cierta, debe ser una novela.”

Cuando meses después tomó el avión que lo llevó a su forzado exilio tenía una reconstrucción, a su manera, del Informe Paseck en la valija. Otras dos copias ya habían salido del país y una tercera estaba guardada en algún lugar de Buenos Aires que sólo él y su amigo Mujica conocían. Por otra parte, dos personas fueron depositarias de sendos sobres y una breve, dramática instrucción: en caso de una muerte accidental o dudosa, el contenido de los mismos debería darse a conocer pública y rápidamente.

He aquí su obra, su delito.